

1

–Si toco el violín la despertaré.

–¡Qué más da, siempre está durmiendo!

–Necesita dormir, Caïn. Las embarazadas duermen mucho.

–¿Quieres verle las tetas, hermanito? Ya las tenía grandes, pero se le están poniendo...

–No es mi novia, Caïn.

–Tampoco es la mía, ¡eso no tiene nada que ver! No es más que una campesina a la que me follo.

–Sí, pero mi hijo es tuyo –murmuró la ucraniana sin abrir los ojos.

Se desperezó con la gracia de un plantígrado, lanzó unos cojines contra la pared de la barcaza y se sentó, desnuda, sin que la presencia de Ionas la turbara. Las calas del navío rebosaban de alimentos robados en la región. Hacía mucho calor y cuando Haydée atravesó la estancia para coger de una vasija algo que picotear, Ionas apartó la vista.

–Parezco un león –repetía ella meneando la cabeza.

Su cabello pelirrojo le caía hasta el culo. Se envolvió en una piel de oso y volvió a la cama, sentada con las piernas cruzadas. Ionas tomó su violín. Se esforzaba para no quedarse mirándole las pecas, los ojazos achinados y verdes, los labios de negra sobre un rostro blanco. Las muchachas de la Pequeña Rusia tienen a menudo esa belleza que tan bien se acomoda con la hierba en el cabello y la

desnudez y que soporta los movimientos groseros. De hecho, se movía como un hombre. Caïn le mordió un pie. Ella rió. Le dio un bocado más fuerte en la pantorrilla y la campesina chilló.

—¡No tan fuerte, o vas a despertar a todos esos gilipollas!

Desde el fondo de la estancia gruñeron otras muchachas. Los soldados que yacían entre sus brazos no rechistaron debido a lo mucho que habían bebido a lo largo de las horas precedentes. Caïn le puso la mano sobre la boca para que callara y siguió mordiéndola. En el interior de los muslos. En el sexo. Ionas comenzó a frotar doctamente la crin de su arco sobre las cuerdas para disimular su apuro. Con las primeras notas, los durmientes refunfuñaron. Caïn mordía un pecho. Ionas tocó más fuerte y un zapato voló en la noche y fue a aterrizar sobre su cráneo entre una nube de colofonia.

—¡Un respeto a los galones, mierda! —vociferó el joven oficial.

—Te respetamos mucho, señorito —masculló uno de los cosacos.

—Es la pura verdad —se rió sarcásticamente Caïn—. Debemos de ser los dos únicos judíos a los que no les han arrancado la lengua con unas tenazas.

—Absolutamente, señorito Caïn. Así que, en pago, respetad nuestro sueño.

—Hmm... hmhhh... —añadió Haydé.

—¿Qué? —preguntó Caïn retirando los dedos de la boca de la robusta pelirroja.

—Digo que él también puede morderme el coño, si quiere, pero su violín es una lata.

—¡Ven! Ven, Ionas —susurraba Caïn—. Ya ves que no le molesta.

Ionas fue a tumbarse lo más lejos posible de ellos, en un balancín desfondado, con el violín sobre las rodillas. Su hermano se abalanzaba sobre Haydé. La chica reclamaba dulzura, dado su estado. No había que ponerse encima de ella. Había que andarse con cuidado con el bebé. A Caïn le traía sin cuidado. Ionas encendió una pipa de agua y trató de pensar solo en las burbujas

dentro del líquido. Al otro extremo del barco, Haydée reclamaba ahora que la arañaran. Caïn también. Reían. Follaban charlando. Él con los dedos en la boca de la giganta, ella rasguñándole la espalda como si quisiera dejar el mayor número posible de señales que significaran «eres mío».

—¿No me abandonarás? ¿Me prometes que no hay nadie en Odesa? ¿No hay otra chica? Preséntame a tus padres, no me molesta si son judíos.

—¿Estás de guasa? ¡Nada de nada! ¡Chúpamela! Chúpamela y méteme un dedo en el culo.

Haydée le abofeteó ruidosamente. A través del vidrio soplado del narguilé, Ionas percibió la espalda musculosa de su hermano, las marcas de las uñas de Haydée sobre sus mejillas.

—Dime que me amas —suplicaba ella con una voz apenas audible.

—Chúpamela.

Con el violín bajo el brazo, el pequeño de los hermanos Fuhrman abandonó la cala del navío. Pasó por encima del cuerpo dormido de un imbécil tirado en la escalera, abrazado a una balalaika y a una cartuchera. Se encorvó para no topar con los otros cazurros que roncaban y se pedorreaban en las numerosas hamacas. Luego accedió al puente de la barcaza. Allí dormían algunos hombres, con sus mantas reglamentarias. El que debería montar guardia se tenía en pie en el lugar habitual. Al pasar junto a él, Ionas se aproximó a su rostro y constató sin sorpresa que dormía, acodado en la borda. Un oficial ordinario le habría echado una bronca. Ionas, en su estado normal, se hubiera divertido arreándole una patada en los pies para hacerlo caer, para enseñarle que el enemigo siempre llega del lugar que uno menos espera. Pero Ionas, como a menudo, llevaba el mundo sobre sus hombros. Amaba a una chica de Odesa. Solo pensaba en ella. La joven le había regalado un colgante de plata que se abría como una ostra y desde el fondo del cual le contemplaba su fotografía: una morena en blanco y negro, de cabello recogido, muy guapa. No excesivamente divertida. Ionas,

desde el principio, había decidido que ese asunto sería grave, doloroso y difícil de sobrellevar. Esa novia nunca le había dado nada más que ese colgante que contenía su foto. Cualquiera ser sensato habría interpretado ese regalo como: «Trata de que no te maten, así, eventualmente, a tu regreso nos casaremos y te ofreceré una vida banal dándote órdenes imposibles y torciendo el gesto cuando no las ejecutes de manera satisfactoria». Ionas, sin embargo, era un buen judío y creía cuanto le decían: Dios, el amor, los proyectos. Gracias a ese colgante y a la vida infernal que le prometía, la guerra se convertía en una formalidad que podía capearse con bastante facilidad. Por descontado, no disfrutaba de nada. No miraba a las otras chicas, no se masturbaba pensando en las otras chicas. Tampoco se la meneaba pensando en Hiéléna puesto que su novia era sagrada y no se podían arrojar a la naturaleza diez millones de espermatozoides mentando en vano su nombre que valía por lo menos tantos rublos como el del Creador. Y, en esos períodos de hambruna, cuando su regimiento conseguía partírle la cabeza a una vaca para alimentarse, cuando se asesinaban lechones para llenarse la panza, Ionas no obtenía de ello placer alguno. No era por cuestiones religiosas. El Talmud autoriza consumir comida que no sea kosher, no kosherizada, que nadie ha bendecido y llena de sangre, si se trata de una cuestión de supervivencia. Así que el cerdo, el cangrejo o la carne humana si la hubieran conseguido, estaban autorizados. Pero como a Ionas le gustaba lamentarse, a menudo se le veía mascar tristemente su carne *taref* desolado porque la bella Hiéléna no pudiera compartir ese manjar. «Tengo suerte —pensaba en esas ocasiones— de poder comer cerdo, porque hay guerra, porque nuestros antepasados lo permiten cuando es para sobrevivir. Tengo el placer, gracias a la guerra, de llenarme los órganos digestivos con ese caballo reventado y lleno de sangre ilícita que descubrimos medio comido por los gusanos en un granero donde sus antiguos propietarios se amojamaban, colgados de la viga más alta, e Hiéléna nunca probará esto. Tengo que acordar-

me de todo, para explicárselo bien.» Con semejantes bobadas aquel joven que creía en Dios, y también en el amor, se malograba los años de guerra.

Cruzó pesadamente la pasarela basculante que conducía a tierra firme. Allí dormía el grueso de sus tropas. Unos sobre otros, sus pobres cosacos trataban de darse calor. Los fuegos se habían quedado encendidos. Se veían también farolillos y braseros. Pocos fusiles, puesto que había menos de uno para cada cinco soldados. La mayoría de los sables estaban clavados en el suelo, y los cordeles atados a los pomos de las empuñaduras servían de tendedores. Atravesar esa horda adormilada consistía en abrirse camino entre las camisas que restallaban al viento. Ionas se dijo que reinaba sobre un regimiento de calcetines. Nadie rechistó a su paso. Se encontraban allí desde los primeros días de 1917. Después de más de cuatro meses escondidos en las circunvoluciones del Volga, levantando el campamento al menor signo de vida de las tropas alemanas o de su propio bando, ya nadie hacía caso a los oficiales. No eran propiamente hablando desertores. Fugitivos sí, a todas luces. A todos ellos les daban igual la guerra mundial y el zar, de quien se sabía que le quedaba poco tiempo de vida. Eran tiempos locos en los que los alemanes disponían de bombas, obuses, trenes blindados y barcos repletos de artillería. Y ante ello la vieja Rusia solo oponía unas pandillas de plantígrados que únicamente disponían del número, el salvajismo y el coraje para entrar en combate.

Paradoja para un creyente, Ionas decía ser anarquista y no veía con buen ojo ni a los zaristas ni a los revolucionarios que asomaban la nariz. Le gustaban sus cosacos. Adoraba que su hermano y él hubieran salido condecorados de la academia militar. Le complacía sobrevivir en un entorno tradicionalmente tan hostil hacia los judíos. Quizá sus hombres habían aceptado con facilidad su mando porque nunca les pedía nada: ocultarse, robar víveres y evitar morir. Pensaban que la guerra iba a acabar para toda la tropa. Se sentían tan bien juntos que muchos de ellos le daban vueltas a

una reconversión en bandidos. Algunos soldados incluso hablaban de nombrar a los dos hermanos Fuhrman jefes de su futura asociación de malhechores, prueba del aprecio hacia los dos jóvenes oficiales.

Llevaban ya tiempo acampados allí. En un rincón perdido del río que nadie era capaz de decir cómo se llamaba. Habían elegido ese sitio por estar deshabitado, escondido y carecer de un interés estratégico particular. Nadie era «de allí», puesto que aquella guerra, en su frente oriental, no tenía trincheras y se habían movido mucho. A guisa de conocimientos geográficos, cada hombre únicamente se confesaba capaz de explicar el camino que un día lo llevaría a su casa. En función de las condiciones meteorológicas o de las informaciones del frente, los hombres tiraban del barco para evitar los problemas. Y así desde hacía tiempo. «Si los alemanes nos caen encima –había dicho Caïn– no será a propósito, sino por cruzarnos en su camino.» De hecho, durante los últimos días no habían tenido noticias de los ulanos ni del ejército ruso.

Caïn adoraba esa inacción porque follaba sin parar. El mayor de los hermanos no tenía nada muy judío: más fuerte, más cabrón que sus soldados, solar, siempre sonriente. Para agradar a Haydée y a los demás organizaba peleas y sesiones de tiro peligroso: había que colocar un objeto sobre una mujer deseada y tratar de no asesinarla al pulverizar el blanco. En caso de éxito, se repetía tres pasos más lejos. Ganaba sistemáticamente porque el Eterno, desde siempre, tiene en estima a los brutos y los favorece en todo. Caïn era enormemente amado y eso le parecía normal.

Un día, una campesina a la que nunca había visto antes deseó dormir con él, sobre las mantas de piel de oso de la barcaza. Haydée hizo ademán de aceptar a condición de poder participar en el revolcón. Mérij, su hermana pequeña, avisó a la intrusa. Le explicó que era una mala idea, pero la inconsciente hizo caso omiso de esa advertencia. Como todas las veces en que tenían lugar ese tipo de efusiones, Ionas abandonó el barco y se marchó a los cerros

que rodeaban el campamento a tocar el violín y lloriquear sobre el retrato de su novia odesita de mirada severa. Caïn, valerosamente, le mostró a Haydée que nada tenía que temer y que una muchacha más en el corral no la privaría de ninguna de las manifestaciones musculares a las que estaba acostumbrada ni de los intercambios de fluidos que tanto la tranquilizaban. Trató, durante el acto, de besar en los labios a su nueva conquista, pero Haydée se opuso a ello y lo atrajo hacia ella. Se dijo que así sería. Con Haydée se podía follarse a otras chicas, pero no poner la boca sobre la boca de ellas. Esa era la máxima prohibición bíblica de la que Caïn era capaz de oír hablar. Luego, abrazándolas a las dos contra él, se durmió. Poco antes de las primeras luces del alba, Ionas dejó de tocar. Volvió hacia el barco. Sus botas, mientras se acercaba al pontón, tropezaron con el cadáver de la chica a la que no había que besar en la boca.

—¡Haydée la ha ahogado! —afirmó más tarde Ionas—. Sabes a ciencia cierta que ninguno de nuestros hombres ha hecho eso. ¡Sabes que no se ha ahogado sola!

—Estás hablando de Haydée, la madre de mi bebé —respondió Caïn, y soltó una carcajada—. Dan a luz, se ahogan, ¿qué importa? Solo estamos de paso.

Mil otras cosas sucedieron durante esos meses en que estuvieron escondidos. Sin correo para no ser descubiertos. Sin un vínculo directo con el estado mayor. Cuando se cometía un asesinato en el batallón, se miraba a otro lado. Caïn impuso a esa jauría perezosa su república ideal: había que reír, había que follarse. Y los más fuertes tenían todos los derechos.

Ionas no intervenía y cuidaba de no reprochar nunca a los cosacos o a su hermano su falta de decoro. Se empecinaba en infligirles el espectáculo de su comportamiento ejemplar: gorra impecablemente calada en la cabeza, botas lustradas, guerrera perfectamente abotonada y armas cargadas, engrasadas y listas para matar.